

## DE LA IMPORTANCIA DE LA TEORÍA DE LA

## HISTORIA

Joana Cecilia Noriega Hernández\*

“Se puede ser un gran historiador sin poseer necesariamente una formación teórica profunda”. Parece impensable, pero hay personas que asumen que el de historiador es un oficio que se trae en la sangre, que se aprende en los archivos entre las pilas de documentos, en contacto con el moho que carcome las pruebas del pasado y a veces a quien lo estudia... Si el buen historiador fuera aquel que en su andar por los archivos ha cogido las mayores alergias producidas ya por el polvo ya por la humedad u otros “bichos”, encabezaría la lista de los mejores historiadores, por lo menos en México.

Tal postura es increíble por absurda. Irrisoria por la desafortunada realidad de las enfermedades que trae consigo el trabajo de archivo. Y contradictoria por la cardinal importancia que concede a los documentos entendidos como testimonios indispensables para reconstruir y reconstituir el pasado. Es una herencia del siglo XIX legada por los historiadores positivistas. Si bien es cierto que no apreciaban las alergias (y de hecho nadie cuerdo las estima), pensaban que

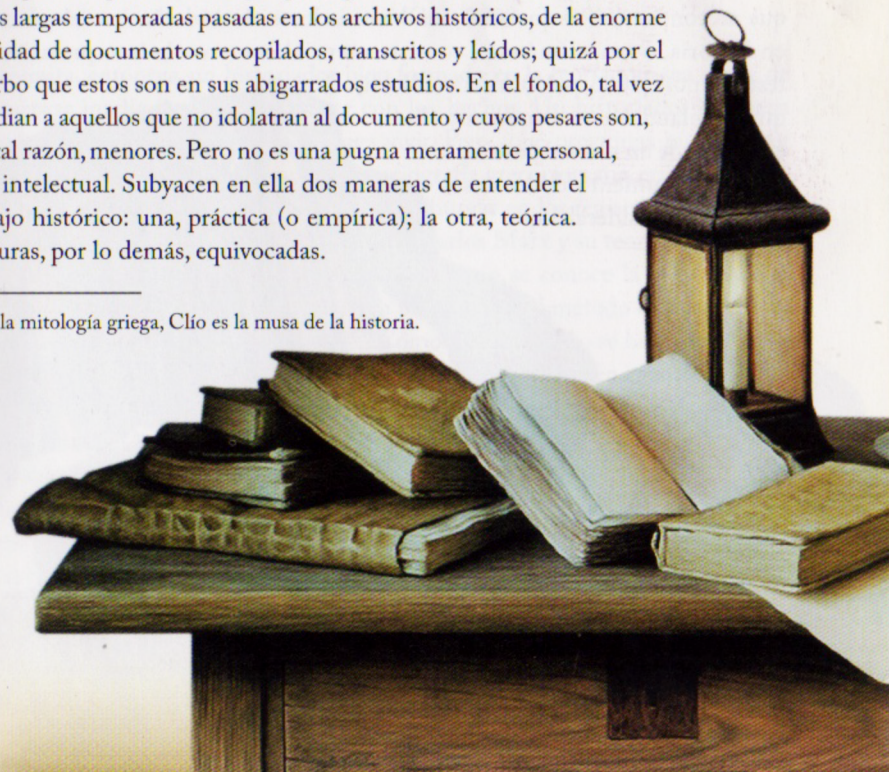
\* Maestra en Historia por El Colegio de México y candidata al doctorado en Historia por la misma institución, es profesora del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Oriente, donde imparte las materias de Historia de México, Historia Universal Moderna y Contemporánea, y Teoría de la Historia.

la historia solo se escribe con documentos y eran determinantes al respecto: sin documentos (escritos) no hay historia porque la buena historia (“la única”) se hace con ellos. La heurística, la crítica interna y externa, y el análisis de los documentos eran las etapas máspreciadas del trabajo histórico: en realidad, compendiaban el oficio del historiador de cuño positivista, porque no podía llegarse a la presentación escritural de la historia si antes no se ejercía con tesón el oficio (Corcuera, 1997, pp. 141-146).

En México, la herencia positivista es enorme... ¡vaya herencia! La historia profesional del siglo XIX bebió sin cesar de ese veneno y tal postura estructuró la educación de aquella época y aún vertebró gran parte de nuestro sistema educativo. De ahí que lo positivista se troque en frases, formas de ser y actuar, y en percepciones y exigencias en los ámbitos intelectuales propios de Clío<sup>1</sup>, pero también en los que no lo son tanto. Si se pregunta al común de la gente e incluso a los estudiantes universitarios novatos en qué consiste la actividad del especialista del pasado humano, la mayoría coincide en describir a un historiador semejante al positivista. ¡Es increíble e irrisorio! La más burda de las imágenes sobre el historiador lo liga con los documentos escritos, con el archivo y sus correlatos. Aunque tal imagen es ya una ganancia, pues algunos ni siquiera imaginan qué diablos hace el historiador.

El fantasma positivista ronda sin ser percibido en el ámbito académico para bien o para mal, en aras del desarrollo de la disciplina histórica o como simple pugna entre los “inspirados” por Clío. Por ejemplo, algunos estudiosos se enorgullecen de las largas temporadas pasadas en los archivos históricos, de la enorme cantidad de documentos recopilados, transcritos y leídos; quizá por el estorbo que estos son en sus abigarrados estudios. En el fondo, tal vez envidian a aquellos que no idolatran al documento y cuyos pesares son, por tal razón, menores. Pero no es una pugna meramente personal, sino intelectual. Subyacen en ella dos maneras de entender el trabajo histórico: una, práctica (o empírica); la otra, teórica. Posturas, por lo demás, equivocadas.

<sup>1</sup> En la mitología griega, Clío es la musa de la historia.

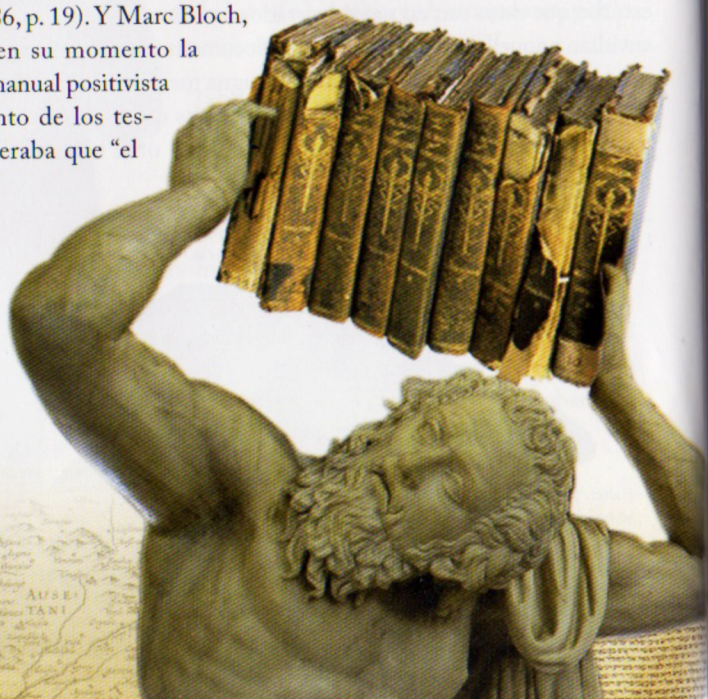




A comienzos del siglo XXI, en las aulas de mi alma máter, escuché frases que sin ser pretendidamente positivistas acusaban tal postura: “La lectura de los documentos siempre termina por sugerirte ideas para emprender una investigación”; “¡No te preocupes! Quizá el trabajo de archivo te permita encontrar un buen tema”; “Los historiadores que se dedican a la historiografía son muy duchos en los aspectos teóricos de la historia, pero son incapaces de escribirla”. Escuché también a los representantes de la postura opuesta, la teórica: “Los colonialistas consideran que su arduo trabajo de archivo les hace mejores historiadores que aquellos cuyas fuentes son más accesibles. No es cierto. Lo importante es la interpretación histórica y no la transcripción de documentos antiguos. Si los colonialistas trabajan más, es su problema”; “Ese profesor (en mi opinión excelente) es un tradicionalista porque se sujeta mucho a los documentos; le faltan ideas; debe renovar su trabajo”; “Lee a estos historiadores para que puedas encuadrar tu trabajo, seguro te darán muchas ideas o las harán surgir en tu cabeza”.

Por si fuera poco, entre mis lecturas más recientes he encontrado máximas del mismo tipo cuyos autores son historiadores reconocidos. Por ejemplo, Carlo M. Cipolla, al relatarnos sobre su oficio, señala que “hasta el más rutinario cálculo y análisis de materias primas puede sugerir nuevas ideas y a menudo abrir nuevos caminos al pensamiento y la investigación” (Curtis, 1975, p. 92).

No es posible negar ni obviar lo indispensable e importante de las fuentes en el trabajo histórico. Pero al respecto, Collingwood, en *Idea de la historia*, es clarísimo al señalar que “lo decisivo es que cualquiera que sea la manera en que se contesten (las fuentes), los historiadores concederán que el proceder en historia, o sea su método, consiste esencialmente en la interpretación de testimonios” (1986, p. 19). Y Marc Bloch, quien aplaudió en su momento la existencia de un manual positivista para el tratamiento de los testimonios, consideraba que “el

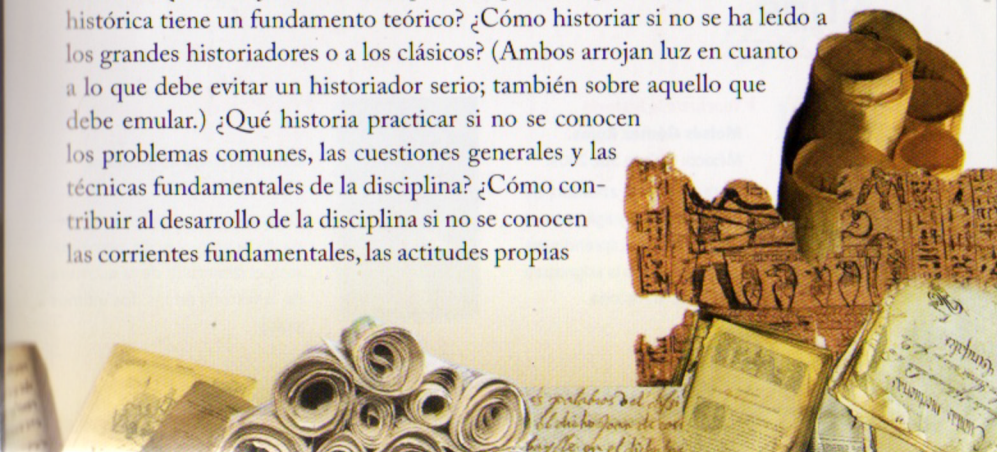


verdadero trabajo del historiador se proyecta más allá del simple tratamiento de las fuentes” (Corcuera, 1997, p. 169).

De tal suerte que las posturas citadas no son en esencia erróneas, sino fragmentarias y limitantes. Las cruza el viejo dilema de la relación entre el historiador y los hechos; la realidad del fundamento teórico del método histórico; lo incorrecto del trabajo apriorístico en relación con los hechos históricos, y la renuncia a la práctica de una historia crítica cuyos sustentos no pueden ser más que teóricos. Historia crítica que, sin embargo, no termina por acomodarse definitivamente en las aulas universitarias donde se forma a los historiadores, ni en los espacios no académicos, ni en la práctica misma del oficio del historiador. Porque nuestra herencia positivista nos orilla a despreciar la teoría, llámese filosofía de la historia, historiografía o, justamente, *teoría de la historia*.

En definitiva, un historiador digno de tal nombre debe poseer una formación teórica profunda. El inglés Edward H. Carr es quien más sencillamente ha zanjado el asunto de la relación historiador-hechos o, en otras palabras, el problema de lo teórico y lo apriorístico en historia. Tal relación, simplemente, es recíproca. Ni el historiador con su interpretación, selección o hipótesis de trabajo sojuzga los hechos que afanosamente halla en los documentos, ni estos se le imponen sin remedio. Los hechos no hablan por sí mismos, es el historiador quien los escoge, los hace hablar, les da sentido y los guía hacia un objetivo mediante su pensamiento. De allí que algunos creen que sin historiador no hay historia, porque es la cabeza de este último —al contener ideas, teorías, esquemas mentales, preguntas, concepciones— quien da vida a hechos históricos muertos (Carr, 1989, pp. 9-40).

Se necesita, entonces, un historiador bien formado en la teoría que sea capaz de interactuar inteligente y críticamente con los hechos. Un historiador que sepa preguntarles comedidamente y los haga vivir. Pero ¿qué preguntas puede hacer un historiador que no ha leído sobre historiografía grecorromana, cristiana, positivista, científica, etc.? ¿Qué puede buscar, al hurgar en los registros económicos del pasado, un historiador que no ha leído a Carlos Marx y su teoría económica? ¿Cómo intentar la reconstitución del pasado si no se conoce la historia de la Historia? ¿Cómo ejercer el oficio pasando por alto que el método de la disciplina histórica tiene un fundamento teórico? ¿Cómo historiar si no se ha leído a los grandes historiadores o a los clásicos? (Ambos arrojan luz en cuanto a lo que debe evitar un historiador serio; también sobre aquello que debe emular.) ¿Qué historia practicar si no se conocen los problemas comunes, las cuestiones generales y las técnicas fundamentales de la disciplina? ¿Cómo contribuir al desarrollo de la disciplina si no se conocen las corrientes fundamentales, las actitudes propias





del historiador, los problemas teóricos, la relación de la historia con otras disciplinas, y la metodología histórica? (Rama, 1959, pp. 9-16).

Imposible, hacer historia alguna sin teoría de la misma; posible, quedar a expensas de lo que quieran decirnos los hechos si se dignan a hablarnos. Hay que recordar que ellos son mudos sin nosotros, y nosotros, miserables sin ellos. Las posturas práctica y teórica son falsas si no interactúan, y ciertas... si lo hacen. Por separado son una verdad parcial. Los intelectuales que privilegian la capacidad teórica del historiador olvidan que mucha de la erudición histórica se consigue tratando con las fuentes. Por el contrario, quienes sobreestiman el trabajo de archivo soslayan que "el buen historiador solo va al archivo después de que ha asimilado lo que es y lo que debe ser la historia, y luego de haber definido con claridad una problemática historiográfica determinada, desde y con las teorías, la metodología y los conceptos y categorías de su propio oficio" (Aguirre, 2002, p. 57).

En conclusión, al ir al archivo, no hay que olvidar ni la teoría de la historia, ni el cubreboca. ¡Recuérdalo! Las alergias te inspiran para escribir ensayos; no te hacen buen historiador.

#### REFERENCIAS

- Aguirre, C. (2002). *Antimanual del mal historiador. O ¿cómo hacer hoy una buena historia crítica?* México: Contrahistorias.
- Carr, E. (1988). *¿Qué es la historia?* México: Planeta.
- Colligwood, R. G. (1986). *Idea de la historia.* México: FCE.
- Corcuera, S. (1997). *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX.* México: FCE.
- Curtis, P. (1975). *El taller del historiador.* México: FCE.
- Rama, C. (1959). *Teoría de la historia.* Argentina: Nova.



Lo que no puedes dejar de leer...



► **Teoría de la historia**

**Moisés Gómez Rojas.**

México: Quinto Sol, 2009.

Obra en que se abordan, de manera sencilla y ágil, pero no por ello sin rigor, aprendizajes y contenidos de la asignatura Teoría de la Historia.



► **Voces y silencios en la historia.**

**Siglos XIX y XX**

**Sonia Corcuera de Mancera.**

México: FCE, 1997.

Obra que recorre de manera amena, didáctica y sencilla, pero rigurosa el desarrollo de la escritura de la historia en los dos últimos siglos.